

ta parienta, y el oprobio con que se intentaba cubrirla. Poco despues se aproximó á ella Santerre y la dijo que nada temiese; que habia venido el pueblo á amonestar, y no á herir. (1). Le dió un gorro encarnado que ella colocó en la cabeza del delfin. La princesa real, que era un poco mayor que su hermano, lloraba al lado de la reina; pero el infante se sonreia con el candor de la inocencia, al contemplar el espectáculo que le rodeaba.

Un oficial jóven presenciaba con un compañero de colegio, desde los jardines de las Tullerías, aquella escandalosa escena. Parecia hallarse afectado por la conducta del populacho y la imbecilidad del ministerio; pero cuando vió aparecer en la ventana al rey con el gorro encarnado, puesto sobre la cabeza, su indignacion no conoció límites. “¡Miserables!” exclamó; “fácil les seria esterminar á quinientos de los que están á la cabeza á metrallazos, y no tardarian los demas en emprender la fuga.” Este jóven vivió para poner en práctica, en aquel mismo punto, sus principios; su nombre será siempre inmortal; se llamaba NAPOLEON BONAPARTE [1].

Los acontecimientos del 20 de Junio escitaron la mayor indignacion en toda la Francia. La vehemencia con que se portó el pueblo de Paris, la falta de respeto á la Asamblea, la ile-

Indignacion de la Francia á consecuencia de este suceso.

(1) Mig. I, 178. Lac. I, 244. Th. II, 140, 141.

(1) Bour. I, 73.

galidad de una peticion que apoyó una desenfrenada y tumultuosa turba, sirvieron de materia á las fuertes reconvencciones que se dirigieron al partido de la democracia. El duque de la Rochefoucault, que desempeñaba el mando de Ruan, ofreció un asilo al rey en el seno de su ejército; La Fayette le instó para que se retirase á Compiègne y se pusiese á cubierto con confianza entre las fuerzas constitucionales; la guardia nacional ofreció que formaria un cuerpo para defender su persona; mas Luis se negó á admitir estos ofrecimientos. Esperaba obtener su libertad por los esfuerzos de las potencias aliadas, y no queria comprometerse uniéndose abiertamente al partido constitucional. Jamas pudieron reponerse los girondinos del desprestigio en que los sumergió el mal éxito de este alboroto; se desconceptuaron con un partido por haberlo tramado, y perdieron el apoyo del otro por el mal resultado que tuvo (1).

A poco de haber ocurrido estos sucesos, se presentó á la Asamblea una peticion que suscribian veinte mil individuos respetables de Paris, en la cual se le suplicaba castigase á los autores de los enunciados desórdenes; mas se hallaba dominada de tal modo por el terror aquella corporacion, que no se hallaba con valor para tomar medida alguna decisiva. La conducta del rey le habia valido la admiracion general. Hasta sus propios enemigos aplaudian aquella grande serenidad que en medio de los peligros habia

(1) Lac. I, 246. Mig. I, 178. Th. II, 144.

mostrado, y su reciente intrepidez hizo que se olvidasen los actos de irresolucion que habia ofrecido en épocas anteriores. Si hubiese poseido el suficiente vigor para aprovecharse de la reaccion, que en su favor habian escitado los sucesos que quedan citados, hubiera podido contener los progresos de la Revolucion: el rey poseia una entereza pasiva que le hacia ver con serenidad el peligro; pero carecia de aquella actividad que es indispensable para evitarlo (1).

La Fayette hizo un postrer esfuerzo para levantar del polvo al trono constitucional. Despues de haber nombrado un gefe que le reemplazase en el mando del ejército, y de haber recogido las protestas que elevaban las tropas contra los excesos últimamente cometidos, se puso en marcha para Paris, y se presentó en la barra de la Asamblea el 28 de Junio, de una manera inesperada. Pidió en nombre de sus tropas y en el suyo propio, que se castigase á los autores del tumulto, y que se tomasen las mas enérgicas medidas para la destruccion de la faccion jacobina. Su discurso fué acogido con bulliciosos aplausos por los realistas, y escitó aun mayor terror entre los miembros del partido revolucionario. Recordaban con espanto la celeridad y energia con que habia obrado en el campo de Marte este formidable contrario. El partido constitucional de la Asamblea habia conseguido hacerse de una pequeña mayoría, al presentarse la mocion sobre

Junio 28, 1792.
Llegada de La Fayette á Paris.

vantar del polvo al trono constitucional. Despues de haber nombrado un gefe que le reemplazase

(1) Dumont, 355, Tom, II, 53. Th. II, 148, 149.

que se averiguase quienes habian sido los autores del reciente motin, y se les castigase. Alentado con este triunfo, aunque pequeño, se presentó el general en seguida á la corte. Recibióle el rey con frialdad, y consiguó con dificultad que se le permitiese pasar revista á la guardia nacional. Los caudillos de los realistas preguntaban con empeño en el palacio, cuál era la conducta que debian observar en aquella circunstancia; tanto el rey como la reina contestaron que ninguna confianza se debia tener en La Fayette. En seguida, éste, acompañado de unos cuantos defensores del trono que estaban resueltos á sostenerlo á pesar del mismo trono, se dirigió á la guardia nacional; pero habia perdido el general para con esta corporacion la influencia de que antes habia gozado. Le recibieron silenciosos todos aquellos batallones que poco antes besaban sus plantas, y se retiró á su domicilio desesperado al reflexionar que la causa de la constitucion estaba perdida. Resuelto, sin embargo, á no desistir de su empresa sin hacer alguna tentativa, dió una cita para la noche de aquel mismo dia, en su propia casa, á los individuos mas entusiastas de las tropas, con el designio de marchar con ellos sobre el club de los jacobinos, y poner término á sus reuniones. Apenas concurren treinta hombres, y en el semblante de todos ellos se veian pintadas la irresolucion y la duda. Desesperado al ver la apatía que en el espíritu público dominaba, La Fayette, despues de haber permanecido unos cuantos dias en Paris, se puso en marcha solo, y se volvió al

ejército, habiendo perdido su prestigio sobre un partido, por haber intentado contener la Revolución; y sobre el otro, por no haber producido resultado alguno su intentona. Le quemaron los jacobinos en estatua en el palacio real, que habia sido el teatro de sus patrióticos triunfos (1).

Este fué el postrer esfuerzo que hicieron los defensores de la constitucion; desde entonces no se volvió á hablar de ellos durante la Revolución, sino cuando sus secuaces fueron conducidos al cadalso. Su caída fué tanto mas notable cuanto que no hacia un año que habian egercido en Paris un completo ascendiente, y habian sofocado un motin del populacho en época en que reinaba la mayor efervescencia. Respecto de una agitacion como esta, se puede decir, quizá con mas exactitud que respecto de ninguna de las otras situaciones de la vida, que tienen su flujo y reflujo las cosas humanas. Se pierden para siempre las consecuencias que puede producir un triunfo, si inmediatamente no se aprovecha; se suceden nuevas pasiones, se suscitan nuevos intereses, y el gefe de una nacion echa de ver en el trascurso de unos cuantos meses, que se ha escapado de sus manos el poder que tenia, y que ha quedado reducido á la misma nulidad que el mas humilde ciudadano [2].

Los girondinos y los republicunos, alentados con el mal éxito que habia producido la tentativa de La Fayette, comenzaron á maquinár sin el menor

Los girondinos traían abiertamente de destruir el trono.

(1) Lac. 249, 250. Mig. I, 179, 180. Th. II, 151, 155.

(2) Mig. I, 180

disfraz el destronamiento del soberano. Vergniaud en su enérgico discurso, pintó los peligros que estaban amenazando al país. Citó un artículo de la constitucion que decia, "que si el rey se ponía al frente de una fuerza armada contra la nacion, ó si se daba igual paso en su nombre y no se oponía, se consideraria que habia abdicado el trono: "¡Oh rey! continuó diciendo, vos que, semejante al tirano Lisandro, habeis creído que lo mismo es la verdad que la mentira, y que se entretiene al pueblo con juramentos como se divierte á los niños con juguetes; que no habeis fingido amor á las leyes, sino para conservar una autoridad que pudiera servir para ultrajarlas, ¿os figurais que nos dejaremos engañar mas tiempo por vuestras hipócritas protestas? ¿Por ventura tratabais de defendernos cuando opusisteis á las tropas enemigas fuerzas cuya inferioridad no dejaba duda alguna de su derrota? ¿Tratabais de defendernos, cuando permitisteis que se fugase un general que habia infringido la constitucion? ¿Os concedió acaso la ley la facultad de que eligieseis á vuestros ministros, para que labraseis nuestra felicidad, ó para que hicieseis nuestra desgracia? ¿Os permitió la eleccion de vuestros generales para nuestra gloria ó para nuestro oprobio? ¿Os otorgó el derecho de sancionar las leyes, os concedió la lista civil y otras muchas prerogativas, para que destruyais á la constitucion y al imperio? ¡No! Ese á quien no ha podido afectar la generosidad de los franceses, á quien solo ha podido conmovér el amor al desnotismo, es claro que no tiene

respeto alguno á esa constitucion que tan vilmente ha infringido, que con tanto descaro ha traicionado." "El peligro que nos amenaza, dijo Brissot, es el mas grave que jamas se haya visto en el mundo. Nuestro pais se encuentra en él, no porque carezca de defensores, no porqué no tengan valor sus tropas, no porque no estén fortificadas sus fronteras; no porque le falten recursos; sino porque hay una causa oculta que paraliza todas sus potencias. ¿Quién es el que lo ejecuta? Un solo hombre. Aquel á quien ha declarado la constitucion su gefe y que la perfidia ha convertido en enemigo de ella. Os dicen que temais al rey de Bohemia y Hungría. Yo os digo que la verdadera fuerza de los reyes reside en las Tullerías; y que allí es donde debeis descargar el golpe para subyugarlos. Os dicen que debeis herir á los eclesiásticos refractarios en cualquier punto de la Francia en que los encontreis; yo os digo que debeis herir á la corte, y que con este golpe esterminareis á todo el clero. Os dicen que destruyais á los facciosos y á los intrigantes; yo os digo que dirijais vuestros tiros sobre el gabinete del monarca; y hareis desaparecer á la intriga en el punto en que se verifica. Este es el secreto de nuestra posicion; ahí teneis el origen de nuestros males; ahí teneis el punto donde se debe aplicar el remedio" (1).

Mientras la agitacion de los ánimos llegaba á su mayor extremo con motivo de estas incendiarias alocuciones, las comisiones á las que se habia en-

Se declara en peligro á la patria.

(1) Mig. I. 182.

cargado dictaminasen sobre el estado que guardaba el pais, promulgaron la solemne declaracion de: "Ciudadanos, la patria está en peligro." Se disparó un cañonazo por minuto, convocacion solemne con que se llamaba á todos los vecinos de la capital á ofrecer su vida en defensa del Estado. Llegó á tal grado la exaltacion y entusiasmo del momento, que se alistaron en Paris veinte mil voluntarios en un solo dia. Inmediatamente se declararon permanentes todas las au-

toridades civiles, se convocó á todos los ciudadanos que no pertenecian á la guardia nacional; se distribuyeron picas á los que no tenian fusiles; se formaron batallones de voluntarios en las plazas públicas, y se fijaron banderolas en los parages mas concurridos, en las que se veian inscritas estas palabras: "Ciudadanos, la patria está en peligro." Estas medidas que hacia indispensable el mal aspecto que presentaban los negocios públicos, exaltaron la efervescencia revolucionaria á el mayor grado. Una general indignacion se apoderó de los ánimos, y llegó á tal extremo este patriótico entusiasmo, que muchos departamentos, despreciando abiertamente la autoridad del gobierno, enviaron sin que se les diese orden alguna, su contingente para que se formase el campo de veinte mil hombres, de que antes se habia tratado, en las inmediaciones de Paris. Este fué el principio de la rebelion que derribó el trono [1].

(1) Mig. I, 138. Th. II, 159, 163.
Tom. I.

Se acabó de conocer que la crisis estaba encima el 14 de Julio, con motivo de una festividad que se hizo en conmemoracion de la toma de la Bastilla. Petion era el ídolo del pueblo. Lo habia suspendido de su encargo de corregidor el departamento de París, por la apatía con que se habia conducido, durante el tumulto del 20 de Junio; pero la Asamblea nacional habia revocado el decreto que sobre el particular habia espedido. Se veia su nombre escrito en una multitud de banderolas; se oia por todas partes el clamor de "Petion ó muerte." Se dirigió el rey en procesion desde el palacio hasta el altar del Campo de Marte; pero cuan distinta fué esta acogida de la que se le hizo en la misma solemnidad, dos años antes! Meditabundo y triste caminaba el rey por entre una sola hilera de soldados, que apenas podian despejar el tránsito, y que no podian evitar las imprecaciones de la plebe. Innumerables voces le echaban en cara su pérfida fuga; el aspecto marcial de la guardia suiza fué el que únicamente lo libertó de algunas violencias que pudieron haberse cometido con él [1]. Volvió al palacio con el mayor desaliento, y ya no se le vió en público hasta que subió al cadalso.

La declaracion que promulgó la Asamblea sobre que estaba la patria en peligro, dió al partido revolucionario mayor y mas poderoso influjo. El 14 de Julio, cuando se celebró la festi-

(1) Mig. I, 186. Lac. I, 254. De Stael II, 54.

vidad enunciada, no pasaron de dos mil las personas que llegaron á la capital, procedentes de las provincias; pero en los dias subsiguientes se aumentó su número considerablemente. Aquel solemne anuncio puso á toda la Francia en movimiento. Se veian llegar incesantemente multitud de jóvenes fogosos que venian de las provincias, todos dominados por la mas vehemente agitación revolucionaria, aumentando esta mas y mas el espantoso fermento que reinaba en la capital. La Asamblea, obrando con una debilidad punible, concedió el uso esclusivo de las galerias, desde las cuales no tardaron en hacerse dueños de las deliberaciones. Se asignó á todos ellos la cantidad de treinta sueldos diarios, se les organizó un club que en breve superó en exaltacion democrática á las célebres juntas de los jacobinos. Estas feroces gavillas declararon abiertamente, que su determinacion era derribar el trono; algunos de los guardias franceses se incorporaron en sus filas por disposicion de la Asamblea, y á consecuencia de la disciplina y pericia de estos militares, en breve adquirieron los elementos de la organizacion militar (1).

Entre tanto, se tomaban públicamente las medidas que se juzgaban mas á propósito para el buen éxito de la sedicion. Se sucedian sin interrupcion los ataques contra La Fayette; se le denunció en los clubs, y se hizo obgeto de la eeseccacion pública. El partido que queria la guerra, preponderaba por todas partes. Se con-

(1) Th. II, 192, 193.

centraba todo el encono de la Asamblea contra la corte, y auxiliada por los aliados, esperaba su pronto castigo, por los innumerables actos de perfidia que habia cometido. Se vigiló por órden suya á aquellos batallones de guardia nacional que se sospechaba ser inclinados á la corte, y con especialidad á los granaderos del cuartel de Santo Tomás; se cerró el club de los fuldenses; fueron disueltos los granaderos y cazadores de la guardia nacional, que eran los que constituian la fuerza de la clase media, y se hizo salir de Paris á las tropas de linea y á la guardia suiza [1].

Los que estaban á la cabeza de la revolucion, se unieron en Charenton, pero ninguno de ellos se resolvió á ponerse al frente del movimiento. Robespierre habló con sobresalto de los riesgos que podria atraer tal acto; Danton, Collot d'Herbois, Billaud Varennes y otros caudillos del partido popular, manifestaron que se hallaban en la mejor disposicion para cooperar á la consecucion de la empresa, pero que no se juzgaban á propósito para dirigirla. Al fin Danton propuso para el efecto á Westermann, hombre de un intrépido valor y de feroz caracter, que posteriormente se distinguió en la guerra de la Vendea, y que pereció al fin en el cadalso (2).

La corte, viéndose despojada de toda autoridad, no cifraba su esperanza mas que en la proximidad de los egercitos aliados. La reina

(1) Mig. I, 183. Lac. I, 255, Th. II, 193.

(2) Lac. I, 261.

estaba al tanto de la linea que se habian propuesto seguir en su marcha; sabia cuando se le esperaba en Verdun y en las ciudades intermedias, y la infortunada princesa creia que en el término de un mes se veria al fin libre. Tomó la corte todas las medidas necesarias para dar tiempo á que se acercasen sus libertadores. Entre tanto, la familia real se hallaba turbada, temiendo ser envenenada, tanto que no comia ni bebia, sino lo que en secreto le preparaba una de las camaristas, y conducia con el mayor sigilo Madama Campan, despues de haberse puesto en la mesa los platos condimentados por el cocinero del palacio. Un gran número de realistas, animados de una egemplar fidelidad, iban diariamente á las Tullerías, á pesar de los peligros que corrian con este acto en la época crítica que se acercaba, á ofrecer su sangre á su soberano; pero á pesar del respeto debido á los sentimientos que los impelian, debemos decir, que solo sirvieron para hacer mayor la natural irresolucion del rey, en razon de la diversidad de sus opiniones. Unos querian que se le trasladase á Compiègne, y que desde allí, por la selva de Ardenas, se le condujese á las márgenes del Rhin; otros, y entre éstos La Fayette, le suplicaban que tomase asilo en el seno de los egercitos, al paso que Malesherbes le manifestaba con instancia que la abdicacion era la única medida de salvamento que se presentaba. En medio de esta variedad de dictámenes, y en vista de tantos peligros como se presentaban, nada se hacia.

Para que se ejecutase en un dia determinado la fuga, se meditaban medidas que prometian un éxito seguro; mas reflexionaba el rey por la noche, y resolvía á abandonar el proyecto, por el temor de que aquel acto acarrease una guerra civil. Se formaron sociedades realistas, y se hicieron todos los esfuerzos posibles para contener la insurreccion, pero en vano; se vió la corte sostenida por unos cuantos miles de hidalgos resueltos, que querian derramar su sangre en su defensa, pero no pudo, en medio de los millones de hombres con que contaba el partido revolucionario, adquirir la organizacion que la era indispensable para mantenerse á cubierto de todo los riesgos [1].

La conspiracion que se habia fijado para el 4 de Agosto, se juzgó mas de una vez que no tendria efecto, por haber creído los caudillos del pueblo que no estaba éste todavía en el estado de efervescencia necesario, para que se hiciese infalible el buen éxito de la empresa. Mas desapareció este obstáculo muy pronto á consecuencia del avance y de la imprudente conducta que observaron las tropas aliadas. El duque de Brunswick se movió de Coblentz el 25 de Julio, y avanzó á la cabeza de siete mil prusos y de sesenta mil austriacos y heses, sobre el territorio de Francia. Precedió á su entrada un manifiesto en el cual inculpaba "á los que habian usur-

(1) Beltran de Molleville, VIII, 234, 300. Th. II, 209, 213. Camp. II, 125, 188, 230.

pado las riendas del gobierno de Francia, haber turbado el órden social, derrocado al gobierno legitimo, cometido continuos ultrages contra el rey y la reina, atacado arbitrariamente los derechos de los príncipes de Alemania, de Alsacia y de Lorena, y declarado la guerra sin motivo al rey de Hungría y Bohemia." Proclamaba de consiguiente "que los soberanos aliados habian tomado las armas para contener la anarquía que reinaba en Francia, libertar al trono y al altar de los peligros que corrian, dar libertad al rey y restituirle la legítima autoridad de que se le habia privado; pero que todo esto se practicaba sin que se tuviese intencion alguna que importase engrandecimiento ni conquista; que se hacia responsable á la guardia nacional de la conservacion del órden hasta la llegada de las fuerzas aliadas, y que los que se atreviesen á presentar oposicion, serian castigados con todo el rigor de las leyes de la guerra." Finalmente, "amonestaba á los individuos de la Asamblea nacional, á los miembros de la municipalidad y á los vecinos de la ciudad de Paris, que si no ponian en libertad al monarca y le volvian inmediatamente á rendir homenaje, pagarian su desobediencia con sus cabezas; y que si se forzaba el palacio ó se inferia el mas leve ultrage á la familia real, se arrasaria la ciudad de Paris, como un castigo ejemplar y memorable [1]."

Si se hubiese escrito este manifiesto en términos mas moderados, siguiéndose á él movimien-

(1) Mig. I, 186.

tos militares rápidos y enérgicos, habria producido el apetecido resultado, se habria sobrepuesto en la agitada plebe el miedo, al vehemente deseo de adquirir preponderancia; se habria sofocado la insurreccion como posteriormente sucedió con España y la Polonia, antes de haber adquirido la solidez que despues la dió el poder militar; y el trono de Luis habria vuelto á su ser, á lo menos por algun tiempo. Pero apareciendo en los momentos de la mayor efervescencia, y siendo tan débiles é ineficaces las medidas militares con las cuales se intentaba llevarla á cabo, contribuyó en gran parte á que la marcha de la Revolucion se acelerase, y fué la causa inmediata de la caída del trono. Los caudillos de los jacobinos no tuvieron ya razon alguna para quejarse de la falta de entusiasmo del pueblo. El espíritu de resistencia se manifestó en todos los puntos de la Francia, se hicieron con mayor celeridad los preparativos militares, y el ardor de la muchedumbre llegó á su colmo. Fué considerado el manifesto de las potencias aliadas como un documento que desarrollaba los verdaderos desig- nios de la corte y de los emigrados. La sedicion contra el trono se erigió el único medio que habia para conservar las libertades públicas á cubierto de cualquier ataque, y el pueblo de Paris se vió en la precisa necesidad de vencer ó morir. Doloroso es pensar que si el soberano llegó tan pronto á ser víctima, fué por los temores que habian escitado los términos con que se espresaron los aliados, términos tan diversos de los que con tanta cordura habia recomendado se emplea-

sen. Sin embargo de tantas aflicciones, constantemente conservó el amor que tenia á su pueblo. “¡Qué pronto, se le oía esclamar con frecuencia, se disiparian mis pesares, si tuviese la menor prueba de que me volvia su afecto! [1]”

Los gefes de los diversos partidos que existian, procuraron aprovecharse de esta efervescencia para llevar á cabo los ambiciosos desig- nios que abrigaban. Los girondinos deseaban que fuese destronado el rey á consecuencia de un decreto de la Asamblea, porque como forma- ban mayoría en este cuerpo, con este paso ha- bria recaído en ellos la autoridad suprema; pero esto no convenia en manera alguna á los dema- gogos que alimentaban tanto encono contra la Asamblea como contra la corona, y cuyas ten- dencias eran destruir de un solo golpe al cuerpo legislativo y al trono. Danton, Robespierre, Marat, Camilo Desmoulins, Fabre de Eglatine y sus sócios, eran los caudillos de la insurreccion popular que se intentaba, no solo para derribar al rey, sino tambien para establecer el dominio de la muchedumbre. De consiguiente, comenzó á reinar la division entre girondinos y jacobinos desde el instante en que se combinaron para der- rocar la monarquía; los primeros deseaban ele- var á la clase média y á la Asamblea sobre las ruinas del trono, y los últimos querian elevar á la muchedumbre por medio de la destruccion de ambos (2).

La llegada de las tropas federalistas de Mar-

(1) Mig. ., 186. Toul. II, 220. Th. II, 230.

(2) Mig. I, 187. Toul. II, 21.